

EL ANÁLISIS ECONÓMICO EN NUESTROS DÍAS*

Victor L. URQUIDI
El Colegio de México

A la memoria de Jorge Ahumada,
fallecido en Caracas el 6 de noviembre
de 1965.

LA ECONOMÍA, ELEMENTO VITAL de las ciencias sociales, trata del hombre y de la sociedad y, de manera más concreta, de los medios de que se valen el individuo y la colectividad para satisfacer sus necesidades básicas, proveer sus comodidades materiales y de servicios y aun consentir sus deseos suntuarios, así como para crear instrumentos a su vez capaces de contribuir a esos objetivos. Dado que no sólo del espíritu vive el hombre, sino también del pan, puede comprenderse que la Economía esté situada en el área central de la actividad humana y que casi no haya aspecto de la conducta personal ni de la función de gobierno de una tribu o una nación que no tenga características tocantes a la Economía o que no afecte las posibilidades de mejorar el bienestar material. Como ciencia, la Economía puede lógicamente considerarse antiquísima; como disciplina científica en el sentido moderno de este término, su edad apenas supera el siglo y medio; y como disciplina técnica, dando a esta expresión el significado estrecho que hoy tiene, se encuentra todavía en la adolescencia. Por otro lado, en su aplicación a la realidad, la Economía ha sido siempre arte y, mientras errar humano sea, no dejará de ostentar esa condición. Cabe

* Conferencia sustentada en El Colegio de México el 19 de noviembre de 1965, como parte de los actos conmemorativos del xxv aniversario de esta institución.

recordar que tampoco solamente de pan vive el hombre, y que muchos de los objetivos no materiales de la colectividad pueden requerir sacrificar, durante corto o largo tiempo, algunos de los materiales.

Me he referido a la Economía sin explicar aún lo que debe entenderse por "económico". Pese a muchas opiniones discrepantes y a las mil y una preferencias porque se acentúe aquella o esta otra salvedad, o tal o cual aspecto adicional, sigo creyendo que el concepto que da vida al vocablo "económico" es el de escasez. La escasez es siempre relativa: nada es escaso sino en relación con el fin que se persiga, y mientras los fines sean infinitamente diversos y capaces de valorarse de diversa manera, queda planteada, si no la imposibilidad absoluta, cuando menos la dificultad para lograrlos o satisfacerlos todos. La necesidad de elegir entre los fines cuando los medios son insuficientes, y de resolver sobre el destino de éstos cuando sean capaces de utilizarse para más de un fin, es la esencia de lo económico, así se trate de recursos materiales, de energía humana o simplemente de tiempo. Es una definición "pura" de la Economía, independiente de la forma de organización social, del uso de la moneda y de la naturaleza específica del intercambio. Nada es absolutamente abundante. Los medios son siempre escasos. El medio más escaso es el tiempo. Todo es relativo.

Sin embargo, lo anterior no parece sino un procedimiento para garantizar la permanencia del economista —definido a su turno como ser escaso— en la historia previsible de la humanidad. Ante la cortedad de la vida terrenal y el apremio con que el hombre procura hallar soluciones a sus problemas, cabe pasar de lo abstracto a lo real y preguntarse qué hace el economista y cómo contribuye, si acaso, a elevar el bienestar o, si se prefiere, a volver menos degradante el destino de la mayoría de la humanidad. Responder a esta pregunta supone, en cierto modo, un acto de desnudismo del que el economista no sale muy bien parado, porque a la edad de la Economía debe añadirse que algunas de sus partes no se han desarrollado armoniosamen-

te, mientras otras muestran evidentemente haber perdido su temprana belleza o su utilidad; en cambio, el despojarla del ropaje y de la fachada permite apreciar la verdadera naturaleza de la Economía y percibir sus alcances y limitaciones.

Empecemos por el economista como tal. En un principio fue un improvisado, lisa y llanamente; en esencia, un observador de los hechos, capaz de razonar sobre ellos con mayor o menor inteligencia, para defender o atacar determinada política del soberano o de grupos de intereses. La época mercantilista está plagada de escritos sobre distintos aspectos del efecto del comercio de metales preciosos; sus autores —españoles, franceses, ingleses y otros— eran hombres de diversas profesiones, interesados en la cosa pública, aficionados que, a no ser por la colonización de América —ya no se siente uno muy seguro al decir “descubrimiento”— y la inflación a que dio lugar en Europa, no figurarían en las bibliografías eruditas de hoy. Circunstancias históricas hicieron que algunos de ellos dejaran huellas más profundas, y el surgimiento del comercio marítimo, junto con el avance de las ideas políticas en el siglo xviii, dio origen a un cuerpo de doctrina sobre Economía correlativo a los nuevos intereses de las potencias europeas y a la noción moderna del estado. El estudio de los asuntos económicos empezó a situarse en algunas universidades, y de allí arranca, a fines de ese siglo, en manos de unos cuantos, la exposición sistemática de la Economía como ciencia.

Sin embargo, muchos de los economistas europeos de los siguientes cincuenta años no se formaron como tales, sino que, siguiendo la vieja tradición, fueron ciudadanos de diverso origen que incursionaron en los asuntos monetarios y financieros, a veces en los agrarios e industriales, e intervinieron en las controversias públicas de la época. Las inflaciones y las guerras siempre produjeron una abundante cosecha de supuestos economistas. El desarrollo del comercio y la industria de Inglaterra en el siglo xix, acompañado de una escuela propia de pensamiento económico, contribuyó a la ampliación del estudio formal de la Economía en las universidades. En la Europa continental y en América del Norte se produjo una reacción teórica y práctica,

por razones de interés nacional, que dio oportunidad a que nuevos grandes aficionados a la Economía, entonces heterodoxos o disidentes, propugnarán políticas económicas distintas a las británicas. Para fines del siglo XIX, el estudio de la Economía, por la vía clásica del liberalismo y la organización capitalista de mercado, por la ruta del proteccionismo y la formación de la economía nacional, o por el camino del materialismo histórico y el planteamiento socialista, representaba ya una especialización profesional respetable. Empezaba a declinar la influencia del simple observador de acontecimientos carente de adiestramiento especial, la del hábil financista o la del idealista agrario. Al mismo tiempo, la Economía comenzaba a volverse más técnica y a desarrollar métodos rigurosos de análisis, con frecuencia tomados o adaptados de las ciencias exactas. Independientemente del juicio que hoy se haga de las diversas escuelas de pensamiento y de sus fines ulteriores, con el siglo XX nació y creció el economista profesional reconocido como tal por las demás profesiones y por la sociedad.

Nuevamente, los problemas y los acontecimientos de la época histórica hubieron de modificar las doctrinas económicas y hacer progresar las técnicas analíticas. La creciente interdependencia económica internacional había puesto ya de manifiesto, antes de la primera guerra mundial, la inestabilidad de las economías y la relativa fragilidad del orden monetario. La expansión norteamericana y la apertura de nuevas dimensiones económicas en otras áreas de América, en Asia, África y Oceanía, había alterado la posición tradicional de Europa en el comercio mundial y las finanzas. El colonialismo había internacionalizado plenamente al marxismo. La propia guerra del 14 enseñó la práctica de la economía dirigida y fue la cuna de lo que hoy llamamos planeación económica. Pero más que nada, la primera postguerra puso al descubierto la bancarrota de todo un sistema de vida económica nacional e internacional y, a la vez, de todo un conjunto de ideas, todavía predominantes, que giraban en torno a la noción —tal vez indebidamente tomada de alguna rama de las ciencias exactas— de que toda perturbación del equilibrio se corregía de manera automática, quedando cada

partícula y el todo en posiciones óptimas. Así los descensos de la actividad económica originaban nuevamente ascensos; el desempleo provocaba, a través de la baja del salario, aumento del empleo; los desajustes en los pagos internacionales daban lugar, por medio de mecanismos más o menos libres, a nuevos equilibrios; y la actividad económica se repartía por el mundo de acuerdo con una ley de especialización que generaba el máximo bienestar en todas las naciones que la aceptaban. Poco más o menos, la teoría económica de la época lo explicaba, lo justificaba y lo demostraba. La tarea del economista se reducía a entender los mecanismos de ajuste, investigarlos y descubrir la manera de eliminar cualquier impedimento a esos ajustes.

Si bien hubo antes de la primera guerra mundial muchos inconformes con esta ortodoxia, no fue hasta el despertar de la paz cuando se inició en serio un proceso de revisión y crítica. Los problemas económicos, entre ellos los monetarios y los financieros, que antes se resolvían solos —o al menos eso se suponía— no solamente estaban quedando sin solución sino que se agravaban con rapidez. Las consecuencias políticas y sociales de la guerra obligaban a los gobiernos, en los países vencidos como en los vencedores, a adoptar medidas de intervención en la vida económica que requerían de adecuada orientación. Recuérdense, entre otros acontecimientos, la desocupación en las industrias militares, a la que se añadió el licenciamiento de los ejércitos; la grave escasez de alimentos; la inflación incontrolada; la creación de fronteras económicas, muchas de ellas alrededor de territorios pequeños; el pago de indemnizaciones de guerra, y los cambios en la estructura y el ritmo del comercio y las inversiones internacionales. Los economistas fueron llamados a ingeniarse en el planteamiento teórico, en el análisis, en el diagnóstico y en la prescripción. Uno de los subproductos de la guerra había sido un considerable adelanto estadístico, que sin duda facilitó la transición hacia formas más realistas de investigación y análisis económicos.

Pero no se previó que a los pocos años sobrevendría la más grande y profunda de cuantas crisis económicas internacionales se habían producido, que comenzó con el colapso financiero de

1929 y en muchos países se prolongó, por lo que hace al volumen de desempleo, hasta 1939, mientras el comercio y el movimiento internacional de capitales apenas lograron lenta recuperación. Fue entonces cuando quedó señalado el rompimiento definitivo con la Economía clásica. No se trataba de diseñar simples medidas transitorias para restablecer el equilibrio interno e internacional de las economías, sino que se requería demostrar el error de los supuestos básicos y derivar de esa crítica lo que hoy llamaríamos un “modelo” nuevo, gracias al cual pudieran identificarse en la práctica las variables sobre las que era preciso actuar sistemáticamente para sostener constantes y elevados volúmenes de actividad económica y empleo. La revolución keynesiana en las economías capitalistas industrializadas ocupó la atención de los mejores economistas, de muchas nacionalidades, durante los años inmediatamente anteriores y posteriores a la segunda guerra mundial, y se hicieron entonces grandes aportaciones teóricas y estadísticas. La “Nueva Economía”, extraordinariamente refinada y elaborada, continúa siendo hoy día la base de gran parte de las políticas económicas de corto plazo de los países de mayor avance industrial y que mantienen economías de mercado. El economista especializado en el tratamiento de los desajustes macroeconómicos de ese grupo de países es un técnico altamente calificado del que ni los gobiernos ni los grupos privados pueden prescindir. La previsión económica a corto plazo, en la que acompaña al economista un arsenal de instrumentos de medición y análisis, es ya tan importante, o más, que la previsión metereológica —y tiene más éxito.

Otra gran corriente de progreso en el análisis económico ha sido sin duda la originada en los requerimientos de la planeación. Ésta precisa sobre todo de un conocimiento íntimo de las interrelaciones entre todas las ramas de actividad económica y de su dinamismo, y de capacidad de previsión tanto a corto como a largo plazo. Uno de los brazos de esta corriente analítica ha sido el de la planeación socialista, en que la posibilidad y la necesidad de tomar un conjunto de decisiones congruentes entre sí siempre ha sido mayor; de allí la temprana aparición, en los años veinte, de modelos de crecimiento, y el desarrollo

de cuadros de balances de materiales y de fuerza de trabajo. El otro ha sido la planeación en economías de mercado, primero como parte de la economía de guerra, después con propósitos sociales y anticíclicos en algunos países europeos y de preparativos de guerra en otros, y más recientemente como instrumento de crecimiento de las economías industrializadas y de desarrollo de las economías atrasadas. No cabe duda que la teoría del crecimiento y los métodos para analizar el proceso de desarrollo deben su reciente evolución a nuevas circunstancias históricas derivadas de la segunda guerra mundial. El subdesarrollo de la tercera parte del mundo, la sobrepoblación y el rápido incremento demográfico, el avance tecnológico sin precedente en los países industriales, la expansión de la organización económica socialista y el éxito económico de los países capitalistas industrializados han contribuido a revisar de nuevo las bases y los supuestos de la teoría económica y han demandado del economista, en todo el mundo, una veloz y creciente concentración en los problemas que plantean las desigualdades internacionales y los desajustes estructurales del desarrollo.

Independientemente de que se preconice o no la planeación, en sus diversos estilos, en los países en vías de desarrollo, el economista ha tenido que volver a intentar explicarse el por qué del crecimiento económico como fenómeno de largo plazo, y la investigación y el análisis han tenido que examinar otra cara de la Economía, que la revolución keynesiana, por su énfasis en la insuficiencia de la demanda a corto plazo, hubo de descuidar. Así como todo lo que concierne a la demanda y al gasto, aun en sus aspectos de psicología social e individual, ocupa la atención del keynesiano, todo lo que es pertinente a la capacidad para producir, desde los incentivos psicológicos y la educación hasta las estructuras agrarias y el progreso de la ciencia aplicada, es materia del economista de desarrollo. Este último está encontrando en la olvidada historia económica, a la que puede aplicar métodos analíticos modernos, importantes lecciones para la previsión a largo plazo, y está incursionando por necesidad en las demás disciplinas sociales, sobre todo en la sociología y en la ciencia política, para explicarse los impedimentos al desarrollo

económico o para encontrar puntos de apoyo para las políticas de crecimiento y de planeación.

A fin de entender el relativo atraso de la Economía del Desarrollo es necesario remontarse a uno de los mayores misterios de la evolución de la ciencia económica: la supervivencia, hasta nuestros días, entre un sector predominante de los economistas, de la teoría clásica del comercio internacional. El planteamiento ricardiano de la ventaja comparativa como base de la especialización internacional de la actividad económica, pese a las múltiples e ingeniosas modificaciones y elaboraciones de que ha sido objeto en más de un siglo, y no obstante los repetidos asedios y aun ataques frontales a que ha sido sometido, continúa estorbando una adecuada comprensión del fenómeno del subdesarrollo. Es curioso que la teoría keynesiana, que barrió con los supuestos de la economía clásica de la ocupación y el equilibrio, y la teoría de la competencia monopólica, que hizo otro tanto con los fundamentos de la teoría del mercado y la empresa productiva y en consecuencia afectó en sus cimientos la teoría del valor, no hayan tenido paralelo en un acoso sistemático a la teoría del comercio internacional que usaba de aquellos mismos supuestos irreales. Voces y formulaciones de disenso no han faltado, pero apenas en los últimos quince años han principiado a tomar cuerpo en un conjunto más o menos organizado de ideas sobre los efectos recíprocos entre el desarrollo económico y el comercio internacional —ideas provenientes en su mayor parte de los economistas de los países de menor desarrollo, pero aun no asimiladas ni aceptadas por los economistas profesionales altamente especializados de los países industrializados.

Un ejemplo de la confusión que reina en esta materia es la contradicción que existe entre la política positiva de ayuda financiera a los países subdesarrollados que se practica con una mano y la política negativa de restricción al comercio internacional de estos mismos países que se borra con la otra. Y otro es el apoyo que a veces brindan los economistas de los países industriales a los planes de integración económica regional entre los subdesarrollados —porque se crean áreas de libre comer-

cio—, mientras que oponen resistencia a la planeación racional del desarrollo conjunto en esas áreas porque consideran que interfiere la libre competencia. No está de más hacer notar que la teoría moderna de las uniones aduaneras, según la han elaborado los economistas de los países industrializados, no es en el fondo sino una aplicación especial de la doctrina clásica del comercio internacional a un conjunto determinado de países, y que la consideran como parte de una teoría general de la suboptimización. El ingenio que se ha empleado en elaborar los preciosismos de estas teorías bien podía haberse destinado a otros campos.

Pero no ha de ser en los países altamente industrializados donde habrán de hacerse los principales descubrimientos teóricos sobre el subdesarrollo, ni donde habrán de elaborarse los métodos de análisis más adecuados, simplemente porque en Economía, a diferencia de las ciencias naturales y exactas, son pocos los principios o las leyes que puedan tener validez general, y porque todo el que aborda un problema de Economía lleva en sí, aun inconscientemente, un prejuicio institucional y con frecuencia ideológico del que con dificultad se despoja. El etnocentrismo en Economía no es menos fuerte que en otras materias sociales. Por consiguiente, la teoría del desarrollo y el comercio internacional del siglo xx debe surgir de quienes mejor palpén y sientan el fenómeno. Con sentido mendeliano, tal vez debamos esperar una mutación intelectual que permita, cuando las condiciones sean más propicias y teniendo en cuenta todo el pensamiento valioso de los últimos años, formular una teoría general del desarrollo. Es posible que no esté lejano ese día.

Como en otras ciencias, la revolución tecnológica del presente está abriendo a la investigación económica vastas posibilidades. El economista puede, y debe, formular hipótesis, pero no puede inventar datos. Sólo a medida que pueda amasar grandes cantidades de datos, que en último análisis provienen de recuentos y enumeraciones, podrá comprobar sus hipótesis o rechazarlas. En Economía ningún juicio cualitativo debe carecer de una base cuantitativa. La estadística, no obstante muchos pintorescos antecedentes, es una ciencia auxiliar de la Economía

cuyo uso es relativamente reciente, de apenas una cincuentena de años. Hace sólo poco más de cuarenta años que un país empezó a elaborar con regularidad un conjunto de estadísticas capaces de medir la actividad económica nacional en su totalidad, y el uso de las cuentas nacionales para cuantificar el producto y el gasto globales, el ingreso y el consumo, la inversión y el ahorro, el sector fiscal y el sector externo, no se extendió sino después de la segunda guerra mundial. No son muchos los países que tengan en su haber más de media docena de censos de población o censos agrícolas e industriales. La adopción de un sistema uniforme de estadística de balanza de pagos data apenas de hace unos quince años. Y es también esa aproximadamente la edad de las estadísticas monetarias y financieras necesarias para formular políticas de crédito y fiscales y cumplir compromisos internacionales. La elaboración de cuadros insumo-producto es un fenómeno de los últimos diez años, y si se atiende a que contengan el grado suficiente de desagregación para ser útiles en la planeación quizá no pasen de media docena los países que dispongan de ellos. La estadística sistemática del comercio internacional, tabulada sobre bases comparables y con el desglose necesario por productos y por países, no se ha intentado sino en forma esporádica o para determinadas regiones o grupos de países. En forma paulatina, se abarcan más campos, se obtiene información más completa y se efectúan elaboraciones más oportunas, gracias al adelanto en los métodos y en especial al uso de sistemas de computación electrónica.

El análisis cuantitativo tampoco es muy antiguo. Las regresiones estadísticas deben su origen principalmente a los estudios de economía agrícola, hace una treintena de años. La investigación del ciclo económico mediante métodos estadísticos refinados se inició poco antes de la segunda guerra mundial. El uso del muestreo proviene también más o menos de esa época, aunque su empleo generalizado es mucho más reciente. Durante la guerra, con fines propios de la misma, se desarrolló considerablemente la programación lineal, y en general los matemáticos hicieron grandes aportaciones a métodos analíticos capaces de utilizarse en la Economía, en la administración de empresas,

en la sociología y en otros muchos campos en los que hasta entonces las matemáticas habían tenido escasa aplicación práctica. En muchos países, los ingenieros, mejor preparados en matemáticas y con experiencia práctica de que carecían los economistas desarrollaron importantes métodos de análisis económico necesarios para la planeación. La influencia profunda de las matemáticas y de la computación moderna puede percibirse fácilmente al hojear cualquier número reciente de una revista profesional de Economía y compararlo con un número tomado al azar de hace quince años. El economista que no sea capaz de construir un modelo de veinte ecuaciones simultáneas, conocer el mecanismo interno de una computadora 1401 y distinguir entre una cinta magnética de baja densidad y una de alta densidad parece estar destinado a quedarse en el jardín de niños de la Economía . . . Marchamos hacia una tecnificación espeluznante en la que, hasta cierto punto, el economista se deshumaniza.

¿Contribuirá el economista por este camino a la solución de los problemas del desarrollo, a mitigar los males sociales y a mejorar la convivencia internacional? Séame permitido, con la desconfianza que trae consigo la edad, expresar mis dudas, mientras no se demuestre lo contrario. Recordemos que el teléfono tardó mucho en ser aceptado como instrumento racional y común y corriente de la comunicación —y que todavía constituye uno de los aparatos más ineficaces inventados por el hombre. Como me lo ha expresado con reconfortante honradez un hombre de ciencia de mi amistad, la computadora electrónica es una máquina verdaderamente estúpida, incapaz de hacer sino cosas muy sencillas conforme a instrucciones precisas que se le impartan; lo que la distingue es que puede hacer muchas cosas a la vez y sumamente aprisa.

Necesitamos meditar un poco acerca de todo esto y reflexionar sobre la naturaleza fundamental de la ciencia económica: el ser una herramienta que la sociedad puede emplear para mejorar su bienestar, como quiera que lo mida, disponiendo una utilización más eficaz de sus recursos productivos, creando la capacidad para aumentarlos y distribuyendo entre sus miembros más equitativamente los resultados de la producción. Los

progresos en el análisis económico han sido admirables en las materias que más han interesado a las sociedades evolucionadas y poderosas, sea para preservar su sistema de vida y de organización social, sea para ponerlo de ejemplo a los demás. Ningún gobernante de un país industrializado con economía de mercado y capitalismo privado tiene por qué carecer de los conocimientos necesarios, ni de los instrumentos, para sostener elevados y crecientes niveles de ocupación de sus recursos humanos, con constante progreso tecnológico y cultural. Ningún país de economía socializada desconoce las necesidades de la planeación de su crecimiento o acusa falta de elementos de análisis para el rápido logro de sus objetivos. Sólo los países subdesarrollados, por falta de teoría, por falta de datos, por falta de instrumentos analíticos adecuados y por falta de economistas idóneos, están muy distantes, si no es que cada día más, de sus metas. Pero no culpemos de ello al economista todavía subdesarrollado él mismo, sino a la sociedad que lo condiciona y que podría hacer de él, así como de cualquier otro profesionalista y de cualquier ciudadano, si lo quisiera, un elemento más valioso. La responsabilidad está en quienes gobiernan y en quienes se dejan gobernar.